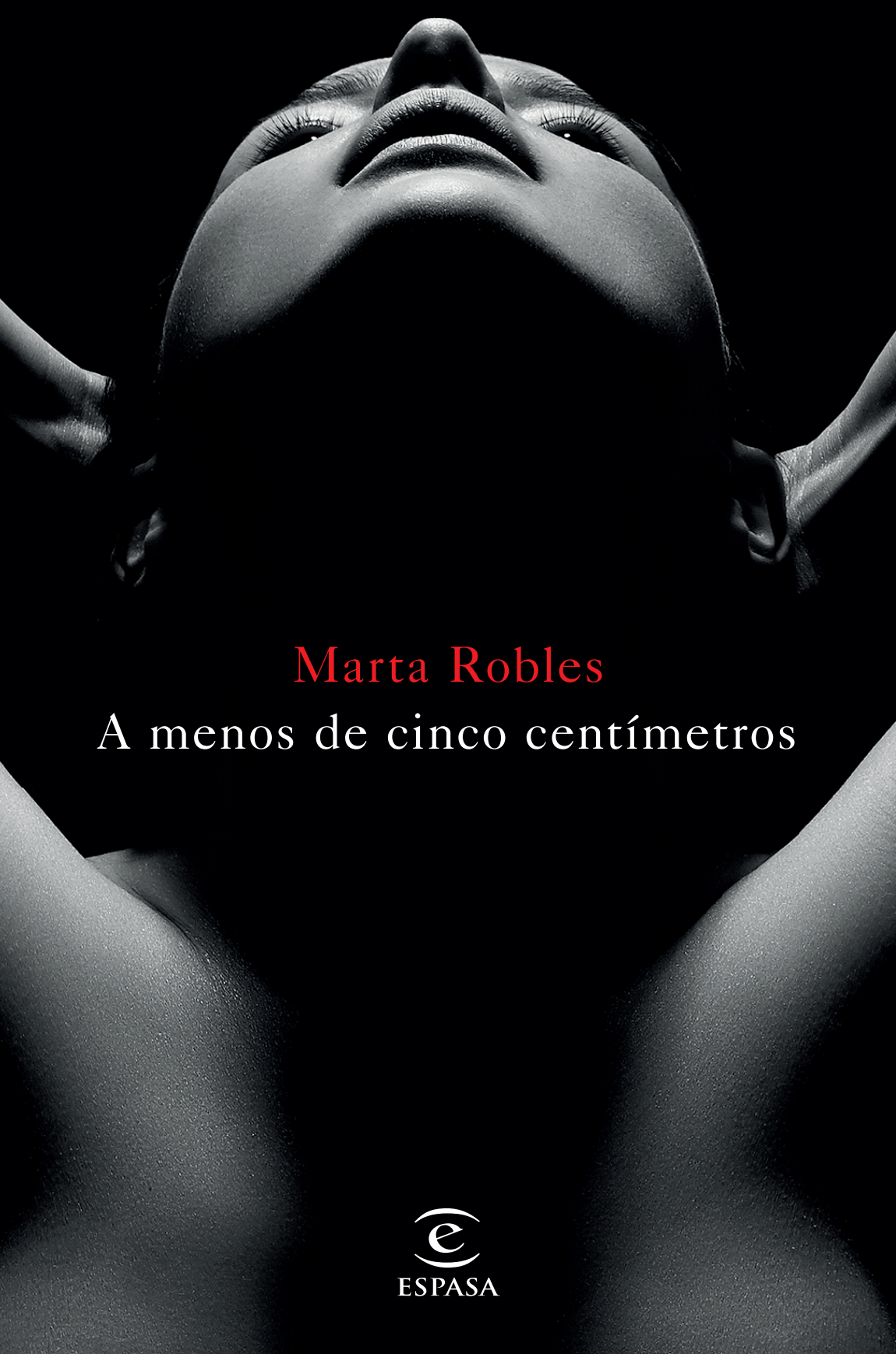




Marta Robles

A menos de cinco centímetros


ESPASA

MARTA ROBLES

A MENOS DE CINCO CENTÍMETROS



ESPASA ∞ NARRATIVA

© Marta Robles, 2017
© Espasa Libros S. L. U., 2017

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de cubierta: © Eugene Partyzan - Shutterstock

Por la reproducción del poema «Hagamos un trato» y fragmento
de «Bodas de perlas», de Mario Benedetti,
© Fundación Mario Benedetti
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

Por el fragmento de «Confesiones de un bibliófilo»,
© herederos de Umberto Eco y *El Cultural* de *El Mundo*

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 335-2017
ISBN: 978-84-670-4895-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain

Espasa Liros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

1

TONY ROURES

Marzo de 2015

A partir de determinada edad, las mudanzas no solo son incómodas. También resultan crueles. Tony Roures pensaba que ya no le quedaban recuerdos físicos de sus otras vidas, pero, por lo visto, algunos estaban empeñados en acompañarlo más de lo que él deseaba. Al abrir una de las cajas de cartón que alfombraban la entrada de su nueva residencia —una guarida más, un nuevo lugar en el que refugiarse—, ese pequeño y antiguo piso en el madrileño barrio de Malasaña, desde donde, en adelante, tendría que ver pasar la vida solo, aparecieron unas cuantas fotos antiguas. En realidad, no tan antiguas. Apenas tendrían veinte años. No era tanto tiempo para quien ya ha cumplido los sesenta. Un tercio de la vida vivida. Poco menos de lo que, según las estadísticas, le quedaba por vivir.

Las fotos eran del noventa y cinco. A veces se le mezclaban las fechas de las guerras, pero esa había sido la última y no podía olvidarla por mucho que quisiera. Fue pasando las instantáneas, una tras otra, hasta que apareció aquella que recordaba con especial nitidez. En ella se veía a un niño de unos cinco o seis años, acurrucado en el suelo, tratando de protegerse con las manos y mirando con horror a otro, de unos doce, catorce como mucho, vestido de soldado, con la bota militar levantada a la altura de su cara y a punto de patearle la boca.

No era la foto más siniestra de las de ese montón. En aquella guerra, la de Sierra Leona, lo habitual era encontrarse con cientos de mutilados a cada paso. Hombres y mujeres sin un brazo, sin los dos, con muñón corto, muñón largo o incluso sin un trozo de cara o sin lengua. También niños. Incluso bebés. Todos se sometían a una especie de ruleta macabra en la que no existía opción de ganar. Cayera donde cayese la bola, convertida en el papelito del horror, que los rebeldes entregaban a los civiles al sacarlos de sus casas, la opción sería la mutilación. Solo cambiaría que la mano o el pie fueran el izquierdo o el derecho o la longitud a la que quedarían los miembros amputados con un machete o un hacha. Los más afortunados perdían solo una de sus extremidades, otros, con menos suerte, se quedaban sin dos, y algunos se convertían en un puro tronco, a merced de quien quisiera o pudiera atenderlos. Era el método del horror concreto de aquella contienda. Todas tenían el suyo. Concreto. Porque en todas cabían torturas parecidas, más o menos burdas o sofisticadas, pero en cada una se elegía una forma específica de sadismo para someter y aterrorizar. La escena podría pertenecer a cualquier guerra en la que participaran niños soldados. La cara del que iba a recibir la patada era como la de tantos críos a los que ya han maltratado antes. En su mirada se percibía la angustia del miedo conocido de quien ya ha pasado por lo mismo varias veces en su corta vida, sabe lo que sigue, y por eso lo teme más. En la del que iba a patear la cara del otro niño, una mueca feroz le robaba del rostro cualquier vestigio de una inocencia perdida poco tiempo atrás. Era un gesto de perversa impiedad, reforzado por la adrenalina de sentirse poderoso.

Los niños soldados jugaban a la guerra después de haberse hecho mucha pupa. Y en las guerras nadie tenía alma..., pero ellos menos. Acostumbrarse al dolor volviéndose malvados era su única oportunidad de sobrevivir a la memoria. Habían visto morir a sus padres, a sus hermanos, a sus amigos... Incluso habían sido obligados a torturarlos o matarlos ellos mismos. Cualquier atrocidad, por inimaginable que

pareciese, era habitual en su día a día. Así que no era extraño que se transformasen en monstruos con sorprendente rapidez. Y más si se ayudaban de drogas, como el habitual *blue boat* y otras de diseño, con las que desaparecía el miedo a matar.

Inmediatamente después de aquella, venía otra foto. De Isabel. Llevaba puestos unos vaqueros desgastados, muy pitillo, una camiseta de tirantes anchos verde caqui y unas botas bajas de cuero marrón y suelas de goma. El pelo lacio y oscuro, con raya en medio, recogido en una trenza a mitad de espalda y los ojos más achinados, si cabe, que de costumbre, por lo forzado de su sonrisa. Estaba entre dos chicos uniformados, armados con metralletas y con cara de pocos amigos, no mucho mayores que el niño soldado. No parecía la mejor de las compañías, pero Isabel siempre sonreía. Hasta a los malos (¿acaso había buenos en las guerras?). Era su forma de neutralizarlos. Eso y su físico espectacular. Medía metro ochenta y era muy delgada —puro hueso, salvo su generoso escote—, y muy china..., aunque fuese de Toledo. Tony sostuvo las dos fotos en paralelo durante unos instantes. Parecían de dos mundos, pero eran del mismo lugar y del mismo día. Aquel en el que sucedieron tantas cosas... Al poco las rompió, y a continuación hizo lo mismo con todas las del fajo y las tiró a la papelera.

Se sentó sobre una de las cajas de mudanza aún sin abrir, encendió un cigarrillo, inhaló el humo, lo dejó un buen rato en los pulmones y luego lo exhaló lentamente, con los ojos cerrados, mientras se apretaba con fuerza el arranque de la nariz, bajo el entrecejo, con los dedos índice y pulgar, como queriendo extirpar de allí mismo todos esos pesados recuerdos, que aumentaban su recurrente dolor de cabeza. Sacó una Neocibalena del bolsillo de su camisa y caminó hasta la cocina para buscar un poco de agua con la que tragarse la pastilla.

Justo en ese momento sonó el teléfono.

—Tony Roures —dijo el detective con voz cansada al contestar.

—¿Ya estás en tu nueva «mansión»? —preguntó una voz al otro lado del aparato.

Roures sonrió al reconocer en ella a uno de los pocos amigos que conservaba, el inspector Prieto.

—Tú lo has dicho, Paco. Una auténtica mansión...

—Venga, no te desmorones, que has vivido en peores pocilgas. Además, quién no ha pasado por un divorcio o dos... Si no lo sabes tú, que has llevado más casos de cuernos que nadie...

—Tienes razón —aceptó Roures con cínica resignación—. En realidad, que me los pusieran a mí era solo cuestión de tiempo.

—No te llamo para que te compadezcas, amigo, sino para hablarte de trabajo. Te acabo de mandar el resumen del informe de un asesinato que se produjo en Buenos Aires hace un año. En el hotel Alvear. Uno de esos de ricachones, de arañas de cristal y alfombras mullidas, ya sabes. La hija de la fallecida está en Madrid y busca un detective de aquí que pueda hacerse cargo del caso. Según ella, aunque nadie lo ha demostrado, el asesino es un escritor español.

Tony dio una calada a su cigarrillo, exhaló el humo con ganas y tosió varias veces, como casi siempre que fumaba.

—¿Qué escritor? ¿Alguno conocido? —preguntó, sin demasiado interés.

—¿Estás sentado? Ya supongo que sí. Y por lo que oigo, fumando como de costumbre. ¿Cuándo dejarás el puto tabaco? Acabará matándote... —Prieto hizo una pausa deliberada para darle mayor interés a su discurso y luego dijo con mucha parsimonia, pronunciando cada sílaba separada de la siguiente: Ar-man-do Ar-ti-gas. —Hizo una nueva pausa y prosiguió: ¿Qué te parece? Dice que el asesino de su madre es Armando Artigas...

—¿Artigas? —repuso Tony, sin alterar el tono, pese a la sorpresa—. ¿El de *Solo hay una alternativa*?

—Bueno, a mí me gustó más *El engaño*... —apuntó Prieto—. Pero sí. El mismo. Nuestro escritor más guaperas, internacional y millonario, al que «aman» todas las señoras, incluida

la mía... —El policía hizo una pausa más—. ¿A que te va divirtiendo más el caso?

Roures guardó silencio un instante. No era frecuente que un personaje público fuera acusado de asesinato, pero menos uno como aquel, todo un referente, sin más tacha que la de hacer exactamente lo que le daba la gana. Podía permitírselo. Tenía una legión de seguidores en el mundo entero, una moral social impecable, de la que dejaba constancia en sus tan vehementes como calculados artículos y en sus incendiarias intervenciones en las redes sociales, y una fortuna sorprendente en un escritor español.

—¿Cuántos años tiene la chica? —preguntó Roures.

—Treinta.

—O sea que su madre no era una pipiola. No será entonces un asunto de bragueta. Y yo ya no trabajo otra cosa.

—Bragueta y muerte, Tony. Y no te hagas el difícil. Es un caso de los que te gustan. Abre el ordenador y, cuando hayas leído ese resumen del informe policial que te he mandado, me llamas. ¿Acaso tienes algo mejor que hacer?

Roures colgó. Prieto tenía razón. Un mes de inactividad como duelo de un abandono era más que suficiente. Buscó entre sus cajas la que contenía el ordenador, lo sacó y lo conectó en el enchufe que tenía más a mano. Antes de tratar de encontrar el informe, revisó su móvil hasta localizar la canción de Jerry García, *Love scene*, de la película *Zabriskie Point*, de Antonioni, y la puso bien alta. Mientras escuchaba llorar a la guitarra de ese maestro de Grateful Dead, sentado ahora en el suelo, rodeado de todas esas cajas llenas de pasado, tecléo en el portátil y abrió el documento que le mandaba su amigo.

Para: Tony Roures

De: Paco Prieto

Asunto: Asesinato en Buenos Aires

Larisa Korovin. Rusa. Sesenta y cinco años. Casada. Una hija. Residente en Buenos Aires. Falleció en su habitación del hotel Alvear, la noche del 1 de marzo de 2014. La muerte se produjo por

asfixia. El ahogamiento se realizó con la almohada de la cama de la víctima, donde se encontraron restos de su saliva. El cadáver fue hallado desnudo y con marcas en las muñecas. No había más huellas de violencia en la habitación, ni se encontraron rastros de ADN o huellas de otras personas. No se halló tampoco ni el bolso ni el celular de la muerta.

NOTAS

La fallecida acudió al hotel la noche del crimen. Asistió a la presentación del libro del escritor español Armando Artigas —había un ejemplar sobre la mesilla de noche—. Él fue la última persona con quien se la vio hablar. Los investigadores bonaerenses, tras interrogar al escritor, descartaron su participación en el crimen. El caso se cerró seis meses después de la muerte, sin ninguna nueva pista. La teoría que se dio por válida fue la de que el móvil fue el robo y que el asesinato pudo ser perpetrado por cualquier ladrón de oficio, de los que trabajan de manera habitual y con mucha frecuencia en los hoteles de la ciudad.

¿Qué te parece, amigo Roures?

Aquí tienes el teléfono de la hija de la muerta. Está esperando que la llames.

Katia Kohen Korovin. Tel.: 00 54 9 11 45 67 24.

2

MISIA RODRÍGUEZ

Misia se levantó con cierta pereza. Era su cumpleaños. Y los cuarenta y cinco le pesaban más de lo que reconocía pese a la elasticidad de su resignación. No recordaba dónde había leído que la resignación era elástica, pero sí que el adjetivo le pareció inmejorable aplicado a la suya. Por eso, al mirarse en el espejo y revisar su rostro sin indulgencia, decidió tirar de esa resignación extensible y conformarse, no sin cierta inevitable nostalgia, con las contadas arrugas y las pequeñas imperfecciones de su piel blanquísima, antes impecable. Aceptar lo inevitable era una buena manera de sobrevivir al paso del tiempo, a la pérdida de la belleza o a la vida que a cada uno le tocaba en suerte. Un regalo de la naturaleza que no todos los seres humanos recibían. Quien aprendía a resignarse como ella, «no pedía más, ni buscaba más, ni se exigía más». ¿Dónde lo había leído? ¿Kierkegaard? ¿Vintila Horia? Daba lo mismo. Lo importante era saber que la resignación era la mejor manera de no sentirse defraudada por una vida que nunca resultaba tal como se imaginó.

Unos nudillos golpeando con suavidad la puerta interrumpieron sus cavilaciones y la devolvieron a la realidad. A ese destino amable y envidiado que años atrás jamás hubiera sospechado que un día le correspondería. El mismo que casi nadie presumiría que necesitara ser soportado con ningún tipo de resignación.

Misia, vestida con un camisón largo de seda blanca, se envolvió en un vaporoso salto de cama a juego mientras respondía.

—¿Sí?

—Señora —dijo la chica de servicio, abriendo la puerta de su cuarto—, el señor ha dejado un sobre y un paquete para usted. ¿Quiere que se los entregue ahora o prefiere que se los deje con el desayuno?

—Ahora los veo con el desayuno, Flora, muchas gracias —repuso Misia, acercándose a la mesilla para revisar el tarjetón de invitación que descansaba sobre ella.

La editorial EUCLEA se complace en invitar a

Doña Misia Rodríguez de Rothman

a la conversación que, con motivo de la creación del nuevo premio literario, instituido en recuerdo del creador de Euclea, don Phillip Rothman, que lleva su nombre, sostendrán Antonio Vicente, Julián Recoder y Armando Artigas en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, el 19 de marzo a las 19.30 horas (c/ Alcalá, 42).

Imprescindible confirmar antes del lunes 16/03/2015.

Antonio Vicente, Julián Recoder y Armando Artigas, tres autores que nunca se habían presentado a un premio, aunque contaran con toda suerte de reconocimientos, nombramientos, distinciones y galardones concedidos sin concurso —y el último, además, con una larga lista de *best-sellers*—, charlarían esa tarde sobre la importancia o no de los premios. Y ella estaba deseando escucharlos, porque ninguno de los tres era políticamente correcto y parecía previsible que no se empecinaran en las obviedades de siempre. Máxime estando entre ellos Armando Artigas, cuya fama de provocador le precedía. Misia conocía a los otros dos escritores de ocasiones anteriores, pero nunca había coincidido con Artigas y tampoco estaba atenta a sus destacados éxitos literarios. No era devota de la intriga, ni tampoco de la literatura que hacía demasiado ruido, así que prefería leer sus artículos y seguirle en Twitter, como millones de incondicionales con los que el escritor sostenía calurosos debates en ciento cuarenta caracteres.

Antes de desayunar, Misia se duchó, se maquilló discretamente y se vistió con unos pantalones negros de lana fría y corte masculino, un jersey de cuello vuelto, también negro, de cachemir y seda, y unos salones de medio tacón de ante, color caramelo. Avisó a la cocina de que bajaría en unos minutos y antes de hacerlo completó su atuendo con un Rolex de oro y el anillo de la cabeza de pantera, de Cartier, su preferido, y se cepilló su rubia y ondulada melena corta con insistencia hasta dejarla brillante y perfecta.

Al llegar al soberbio comedor de su casa de dos plantas situada en una de las zonas más caras de Madrid, conocida como El Viso, con inmensos ventanales al cuidadísimo jardín y presidido por un enorme y colorista cuadro de flores de Marc Quinn, encontró sobre la interminable mesa de cristal y acero mate, además de su mantel individual de lino blanco, el delicado juego de desayuno de porcelana inglesa, un zumo de naranja recién exprimido, un café humeante, un *croissant*, una bolsa de Chanel y el sobre que le había dejado su marido, en el que solo ponía: «Misia». Sonrió. Dio la vuelta al sobre, lo abrió, sacó la tarjeta y leyó la nota que contenía:

Aunque no puedas creerlo, este año la casa Chanel te ha hecho un homenaje en tu cumpleaños. El perfumista Olivier Polge ha creado una fragancia con tu nombre. Algunos pensarán que es un perfume en honor de la amiga de Cocó, Misia Sert, pero verás que es de violetas, como tus ojos, y ¿crees que la mujer del pintor los tenía como tú?

Feliz cumpleaños, mi amor. No existen cuarenta y cinco años más espléndidos que los tuyos.

Te quiero,

Carlos

Misia volvió a sonreír y abrió el paquete con cuidado. Contenía una botella grande de tapón negro, de la colección de perfumes Les Exclusifs de Chanel, con su nombre impreso en una etiqueta cuadrada y blanca. Misia lo destapó y, al olerlo, celebró no haberse perfumado aún. En efecto, olía a viole-

tas. Su flor preferida. Su aroma predilecto. Vaporizó ligeramente sus muñecas, su nuca y el hueco tras el lóbulo de las orejas y se sintió feliz. Llamó a su marido de inmediato.

—Buenos días, princesa. ¿Cómo te has levantado en el día de tu cumpleaños? —preguntó Carlos, tras ver el nombre de Misia en su móvil.

—No podría haber tenido mejor sorpresa al despertar. Me encanta el perfume. Gracias. Dieciocho años casados y aún sigues mimándome como el primer día. No sé si lo merezco.

—Lo mereces todo. Incluido que yo te quiera como te quiero y que las niñas estén deseando hablar con su madre en su cumpleaños. A las cinco y media he quedado con ellas en que te llamarán por Skype, para que puedas ir luego al acto de la editorial sin agobios. Me temo que yo no podré acompañarte. Y tampoco iré a comer a casa; pero esta noche cenaremos juntos en Horcher, si tú quieres... Y te daré tu regalo.

—¿Otro regalo? —se quejó Misia—. Carlos, en serio, no más regalos. Sabes que no quiero nada...

—Esto sí. Te lo aseguro. Espera y verás.

El día pasó ligero entre las llamadas de felicitación, una visita rápida a la editorial para recoger los ejemplares en pruebas de algunos libros que quería leer antes que nadie, el frugal almuerzo a solas, la conversación con las chicas, ya de veintiún y veinticuatro años, una en Londres y otra en Boston, a través de Skype, y una siesta de veinte minutos que le devolvió la vida. Al levantarse se duchó de nuevo y eligió esta vez un ajustado vestido negro de bandas elásticas, con manga francesa y escote barco, hasta la rodilla, unas medias transparentes sin brillo y sus más que habituales salones de Manolo Blahnik, con tacón de once centímetros, *beige* claro, que combinó con un *clutch* en tonos tostados y naranjas, un reloj reverso y un anillo *vintage* de oro, con un gran coral engarzado. Se perfumó con su nueva fragancia y avisó para que llamaran al conductor y la llevara al Círculo de Bellas Artes, mientras sacaba del armario un abrigo de entretiempo de color naranja y se lo colocaba sobre los hombros.